

El susurro del faro

El Faro de Cabo Vilán se erguía como un centinela imperturbable en la Costa da Morte, en Camariñas, su luz hendiendo la niebla que se arremolinaba sobre los acantilados. Construido en 1896, el primer faro eléctrico de España, su torre octogonal se alzaba a 104 metros sobre un Atlántico furioso. Los pescadores del pueblo narraban historias de naufragios que aún resonaban en la memoria de la costa: el *Serpent* de 1890, cuyos marineros yacen en el Cementerio de los Ingleses, o el *Iron Duke*, atrapado en la Praia do Trece. Decían que el viejo farero, Manuel, muerto en una tormenta hace décadas, seguía subiendo los peldaños de caracol para mantener la luz viva, guiando a las almas perdidas en el mar. Pero Sara no creía en fantasmas. Ella buscaba algo más real: un motivo para seguir adelante.

Sara había llegado a Camariñas huyendo de Madrid, de un trabajo en una oficina que la asfixiaba y de un matrimonio que se deshacía como las redes rotas de los pescadores, llenas de nudos imposibles de deshacer. Compró una casa vieja junto a la ría, con paredes de piedra cubiertas de musgo y ventanas que gemían con el viento del noroeste. Desde su dormitorio, veía el faro, sus dos destellos cada quince segundos atravesando la oscuridad como un latido constante. Al principio, era solo un punto en el horizonte, pero pronto se convirtió en una obsesión. Cada noche, su luz parecía susurrarle, un canto del mar que prometía respuestas.

En el pueblo, Sara era una forastera, una figura que despertaba curiosidad. Los vecinos, con manos curtidas por el salitre y ojos llenos de historias, la observaban mientras paseaba por el puerto, donde las redes se secaban al sol y el olor a algas impregnaba el aire. En la taberna de Manolo, entre vasos de albariño y platos de pulpo a feira, escuchó las leyendas del faro. “No te acerques mucho, pequeña”, le advirtió una anciana, con un acento que llevaba el peso de la costa. “El faro tiene memoria, y no siempre es amable”. Pero Sara no podía resistirse. El rugido del Atlántico, la bruma que envolvía los acantilados y el aroma a sal la hacían sentir viva por primera vez en años.

Una tarde de noviembre, cuando una tormenta azotaba la Costa da Morte con vientos de 200 km/h y olas que parecían querer arrancar el faro de su base, Sara decidió enfrentar el misterio. Se puso un chubasquero amarillo, agarró una linterna y caminó por la senda que ascendía desde el puerto hasta Cabo Vilán. La lluvia le golpeaba el rostro, y las rocas resbaladizas amenazaban con lanzarla al abismo. La puerta de hierro del faro, corroída por el salitre, estaba entreabierta, como si la hubiera estado esperando. El interior olía a humedad, a hierro y a siglos de soledad. Los escalones de piedra, desgastados por generaciones de fareros, crujían bajo sus botas, y el eco de sus pasos resonaba como un tambor en la torre.

Al llegar a la cima, encontró la linterna girando lentamente, su haz de 55 kilómetros iluminando un mar embravecido. No había nadie. La sala estaba envuelta en sombras, con telarañas colgando de las vigas y un suelo cubierto de polvo. Sobre una mesa de madera carcomida, encontró una libreta de cuero, sus páginas amarillentas por el tiempo. La abrió con cuidado. Las anotaciones, en una letra apretada, parecían un diario: “10 de noviembre: la luz debe seguir, ella la necesita”. “15 de enero: el mar susurra su nombre”. Las fechas eran recientes, de ese mismo año, pero el faro estaba desierto desde que Cristina, la última farera, se jubiló. Sara frunció el ceño, desconcertada. ¿Quién escribía esas palabras?

Un crujido la hizo girarse. En un rincón, donde la luz de la linterna apenas llegaba, una figura borrosa la observaba. No era un hombre, ni un espectro, sino algo indefinido, como un reflejo roto en el cristal de una ventana. Sus contornos temblaban, como si estuviera tejido de niebla y sal. “¿Quién eres?”, susurró Sara, con el corazón latiendo en la garganta. La figura no respondió, pero alzó una mano y señaló la libreta. Sara volvió a mirar. La última línea, escrita con tinta fresca, decía: “Sara, no dejes que la luz se apague”.

El aire se volvió denso, como si el tiempo se hubiera detenido. La linterna del faro parpadeó, y por un instante, Sara vio su vida proyectada en las paredes de la sala: su infancia corriendo por las playas de la ría, las noches de insomnio en Madrid, las peleas con su esposo que terminaban en silencios gélidos. Pero también vio algo nuevo: un futuro donde ella era la guardiana del faro, donde su soledad se transformaba en un propósito más grande. La figura desapareció, y la linterna volvió a brillar con fuerza, como si aprobara su presencia.

Sara bajó los escalones temblando, pero con una certeza que no podía explicar. Al día siguiente, regresó al pueblo y habló con los pescadores en el puerto. Les preguntó por el faro, por las leyendas, por el viejo Manuel. Nadie sabía quién mantenía la luz encendida, pero todos coincidían en que nunca se apagaba, ni en las peores tormentas. Sara decidió quedarse. Cada noche, subía al faro, revisaba la linterna, limpiaba las lentes y anotaba en la libreta sus propios pensamientos: “20 de noviembre: la luz sigue viva. Yo también”. Aprendió a leer el mar, a distinguir los vientos que traían lluvia de los que anunciaban calma. Los pescadores dejaron de hablar de fantasmas. En la taberna de Manolo, las historias cambiaron. Ahora contaban la leyenda de Sara, la forastera que le dio un nuevo brillo a Cabo Vilán.

En las puestas de sol, Sara se sentaba en el acantilado, buscando el “rayo verde” que, según los marineros, aparecía fugazmente en el horizonte cuando el sol se hundía en el mar. Nunca lo vio, pero no le importaba. Cuando el viento traía el aroma del Atlántico y el eco de las olas parecía susurrar su nombre, ella sonreía. Había encontrado su lugar en la salvaje Costa da Morte, donde el faro no solo guiaba a los barcos, sino también a su propia alma perdida.